

Arrullos celestiales

La proximidad de los cien años de *El malestar en la cultura* de S. Freud

César A. Ayala D.¹

Universidad Nacional de Colombia

Artículo de reflexión derivado de investigación

Recibido: 20-08-2021- Aprobado: 15-10-2021

Resumen

Este artículo trata de la importancia y actualidad del libro de S. Freud *El Malestar en la Cultura* a propósito de acercarse a los cien años de su publicación. Se hace un análisis del contexto histórico que acompañó a la escritura del libro, y se da cuenta de la tradición de la problemática que plantea desde paradigmas de la filosofía. Se analiza la semejanza entre el proceso de cultura y el del desarrollo libidinal del individuo. Se analiza también la consideración de Freud sobre la sublimación de las metas pulsionales como contribución al desarrollo de la cultura. Para el padre del psicoanálisis la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional. Sostiene que la base de la cultura es el amor, no solo el amor sexual- genital. Empero, si el erotismo genital se convirtiera en el centro de la vida, el amor no cumpliría su papel completo. Lo cumple en la medida de un tránsito hacia un amor de una meta inhibida. Es esa la apuesta y propuesta que se hace en el libro para la solución de los malestares de la sociedad...Solo que el precio es muy caro: una sociedad neurótica. Por último, se plantean en este artículo los que podrían ser los malestares en la Colombia contemporánea.

Palabras clave: Cultura, civilización, malestar, pulsión, sublimación, sentimiento de culpa, castigo, Neurósis.

Heavenly cooing

The approaching one hundred years of S. Freud's *Discomfort in Culture*

Abstract

This article deals with the importance and topicality of S. Freud's book *The Malaise in Culture* as we approach the 100th anniversary of its publication. An analysis is made of the historical context that accompanied the writing of the book, and an account is given of the tradition of the problematic that it raises from paradigms of philosophy. The similarity between the process of culture and that of the libidinal development of the individual is analyzed. Freud's consideration of the sublimation of drive goals as a contribution to the development of culture is also analyzed. For the father of psychoanalysis, culture is built on the renunciation of the drives. He maintains that the basis of culture is love, not only sexual-genital love. However, if genital eroticism were to become the center of life, love would not fulfill its full role. It fulfills it to the extent

¹ Departamento de Historia.

of a transit towards a love of an inhibited goal. This is the bet and proposal made in the book for the solution of society's discomforts... Only that the price is very expensive: a neurotic society. Finally, this article proposes what could be the discomforts in contemporary Colombia.

Key words: Culture, civilization, discomfort, drive, sublimation, guilt, punishment, Neurosis.

Canções de ninar celestiais

A aproximação do centésimo aniversário do livro *Discomfort in Culture*, de S. Freud

Resumo

Este artigo trata da importância e da atualidade do livro *O mal-estar na cultura*, de S. Freud, à medida que nos aproximamos do centésimo aniversário de sua publicação. É feita uma análise do contexto histórico que acompanhou a redação do livro, e é feito um relato da tradição da problemática que ele levanta a partir de paradigmas da filosofia. É analisada a semelhança entre o processo da cultura e o do desenvolvimento libidinal do indivíduo. Também é analisada a consideração de Freud sobre a sublimação dos objetivos da pulsão como uma contribuição para o desenvolvimento da cultura. Para o pai da psicanálise, a cultura é construída sobre a renúncia das pulsões. Ele argumenta que a base da cultura é o amor, não apenas o amor sexual-genital. No entanto, se o erotismo genital se tornasse o centro da vida, o amor não cumpriria todo o seu papel. Ele o cumpre na medida em que transita para o amor de um objetivo inibido. Essa é a aposta e a proposta feita no livro para a solução dos desconfortos da sociedade... Só que o preço é muito caro: uma sociedade neurótica. Finalmente, neste artigo, propomos quais poderiam ser os desconfortos da Colômbia contemporânea.

Palavras-chave: Cultura, civilização, mal-estar, pulsão, sublimação, culpa, punição, neurose.

El malestar de los nuevos tiempos

Malestar en la cultura, malestar de la cultura, malestar de la civilización, mal-estar en la sociedad, es lo mismo; expresiones suavizadas para referirse a que no están bien las cosas en la sociedad, que hay algo que la afecta y no la deja marchar como debiera. Siempre ha sido así, y al parecer será peor. En cada país cada uno particularizará los malestares; los habrá universales, locales y parciales. Vivimos en el clímax de la era tecnológica, en el momento de grandes y anheladas conquistas científicas que bien pudieran garantizarle a la población felicidad y facilidad para la vida. No deja de ser agradable sentirse viviendo en una época de alta tecnología: teléfonos celulares, televisión por cable, internet, y vida cotidiana virtual. Ese hombre proteico del que hablara Freud ha llegado a su clímax. No hay quien ande sin teléfonos celulares y

enredado en cables. Los hogares están saturados de dispositivos tecnológicos. Las ciudades grandes y pequeñas se llenaron de carros y motocicletas, y ni las unas ni las otras son las otrora aspiradas ciudades para el disfrute de la vida moderna. Es como si fuera imposible hacer corresponder los avances científicos y tecnológicos con los avances en la calidad de la vida de los humanos. Es una paradoja que caracteriza el devenir de los tiempos. Aplicación posible para unos, pero imposible para los más. Lenta la democratización que haga accesible para todos los descubrimientos médicos, por ejemplo.

Con todo, advertimos una democratización del consumo, esa curiosa y perversa manía de suplir la falta (las carencias). Ya no se ve gente descalza por las calles; limosneros y viciosos llevan calzado. Se produce tanta ropa que de alguna manera llegan las prendas a la población pobre. Casi que todo el mundo puede vestirse y arroparse. La gente puede lucir su dentadura. Cincuenta años atrás era un misterio encontrar una boca sana, o pies calzados. La medicina ha garantizado evitar la proliferación de enfermedades que por décadas diezmaron a la población, los niños y los jóvenes ya no tienen lombrices en sus barrigas. El progreso de la aviación ha acercado a la población de un país y lo ha puesto en comunicación con el resto del mundo. Muchas más personas estudian y el analfabetismo es casi una rareza.

A tan ansiado y maravillado mundo de dicha corresponde sin embargo en forma paralela la desdicha y el displacer. La sociedad es más conflictiva o tanto como en las épocas de Hobbes y de Rousseau²; y como en la de Freud. Pervive la guerra, la amenaza de su expansión, no cesan los afanes de reemergencias imperialistas, y un cataclismo planetario parece aproximarse.

Si antes era esto lo que preocupaba, se le suma a esto el desplazamiento de la angustia social al interior de cada uno de los países. Se ha desdibujado el rostro del Estado moderno que preveía la autonomía y la separación de los poderes como garantía para su funcionamiento democrático. A los organismos represivos del Estado se les ha empoderado hasta el delirio y la democracia representativa es tan solo una fachada para imponer un modelo de Estado y de gobiernos ajenos a la voluntad popular. Lo poco o mucho del pacto social logrado en siglos se ha desmoronado ante los ojos atónitos de todo el mundo. Las dictaduras se imponen desde la democracia misma o para que la

² Rousseau J.J. El contrato social. Madrid, Ediciones Alba, 1985.

dictadura democrática no se cuestione se les confía a los militares la sustentación del falso gobierno democrático. Ahora los golpes de Estado se tramitan desde los mismos órganos de representación popular.

La legalidad establecida se corrompió. El Estado, lo que Freud podría llamar parte de la cultura, le ha declarado la guerra a la misma sociedad, se ha convertido en el enemigo de ella; tal cual, como las guerrillas o las bandas criminales, o la delincuencia organizada e incluso la común. El más grande de los malestares en la cultura actual es la ilegitimidad del Estado y sus instituciones. La gente ya no cuenta con él para su defensa y protección; al contrario, debe defenderse de él. El ejército y la policía asustan; asustan y son amenazas para el ciudadano el Presidente, el Fiscal, el procurador, el defensor del pueblo, los ministros, el alcalde, el rector universitario. Un embrujo de soledad y desprotección acompaña al ciudadano al que incluso no se le permite la pobreza, otrora posible y llevadera. De un momento a otro la prohibieron. El costo de los servicios públicos y de los impuestos es tan alto e inevitable que todo el mundo debe vérselas para pagarlos al punto de llegar a la criminalidad para conseguir el dinero necesario.

En el modelo neoliberal que está en el fondo de todo el malestar que nos agobia el ciudadano debe reventar para el pago de la educación de sus hijos, para la salud, para el transporte, para la vivienda, para su propia protección; para todo, infinitamente para todo. Y de nada valen los sacrificios. Los jóvenes, como pueden, terminan sus carreras universitarias, hacen posgrados y da lo mismo, no hay mercado que los absorba. Atónitos, niños y adolescentes crecen conforme crecen las desigualdades en el país, asisten a series reales de la vida y no de ficción de una guerra civil que no para: que fue cosa del Estado la muerte de más de seis mil jovencitos en una operación que han llamado *falsos positivos*, que sucedió hoy una masacre y mañana otra, que asesinan a los líderes sociales, que matan a las mujeres, que violan a los niños, que el ejército asesinó a la gente con la excusa de supuestos guerrilleros. Y como si fuera poco no hay cultura de empleo. Y cuando alguien lo consigue es para que cumpla las funciones de tres empleados. Las contrataciones laborales son precarias cuando las hay. Las universidades públicas tienen sus nóminas congeladas desde hace muchísimos años y

sus empleados de oficios reciben salarios de hambre, y además tienen que decir: ¡gracias! Y así la lista de los ingredientes del malestar se agrandaría para no terminar³.

Freud y los malestares

En su célebre libro de *El Malestar en la cultura* (1930), S. Freud no menciona a Tomás Hobbes, el filósofo inglés que escribió en 1651 el *Leviathán*, en el que planteó la necesidad de sometimiento a un fuerte poder para protegerse⁴. Su tiempo como el de Freud fue de guerras. Hobbes escribió en medio de la revolución burguesa (1642-1688), la guerra civil más sangrienta hasta entonces. Decía que el arte del gobierno debería basarse en la ciencia de la psicología; describió la naturaleza del hombre y lo concibió integrado por dos elementos: razón y pasión. Especial atención le concedió a la última considerándola como la fuerza real que movía a los seres humanos. Entrelazó pasión y deseo, trató de los impulsos. Afirmó que la razón no era una facultad concedida por Dios sino un instrumento utilizado por los deseos humanos para lograr sus propósitos. Definió la sociedad como el campo de batalla de los hombres que compiten entre sí. Sostuvo que el estado de naturaleza era un estado de guerra que al desear la satisfacción de sus pasiones buscaba la riqueza y el predominio sobre los demás. El hombre en Hobbes está impulsado por la envidia, la ambición y el temor, y justo, como consecuencia de ello vivía en permanente estado de guerra. Así las cosas, la razón debía acudir en su ayuda, tenía que idearse reglas de comportamiento que beneficiaran a toda la sociedad inspiradas en las leyes de la naturaleza y en la ética cristiana: *No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti*⁵.

Hobbes hace uso de la metáfora bíblica. El Leviatán es un ser temible que no tiene piedad, escrúpulos ni compasión. El principal problema que plantea es el de la relación de la población y el Estado mediante un pacto consensuado. El Estado es una figura terrorífica pero necesaria, sirve para hacer que predomine la convivencia social, para que la civilización progrese y los individuos no se maten entre ellos. Se debe a Hobbes

³Un fenómeno condensador del malestar en la cultura de Colombia fue el estallido social de 2021. Un fenómeno político y social jamás visto en el país acompañado de un inédito paro que duró meses y que mostró la emergencia de una nueva conciencia social. Para mayor información véase en línea la conferencia del profesor Mario Bernardo Figueroa Muñoz: El estallido social, la olla y la semilla, dictada en el lanzamiento del volumen 21 de la revista Desde el jardín de Freud, el 19 de mayo de 2022 en el Salón Margarita González del edificio de posgrados de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Medina Medófilo. El Estallido Social de 2021: Incripción histórica, personalidad sociocultural. (Texto en prensa).

⁴ Hobbes Thomas. *Leviatán*. Madrid, Editora Nacional, 1981.

⁵ Véase: Crossman R.H.S. *Biografía del Estado Moderno*. México FCE, 1941. Pág. 66-74.

la frase *el hombre es un lobo para el hombre*. Su propuesta para la construcción de la sociedad son la ética, la moral y la justicia; es en el Estado que deben primar las leyes morales sobre las naturales; su modelo de gobierno es la democracia y no la monarquía ni la aristocracia. Le preocupaba que el pueblo quedara supeditado a la divinidad. Puso, incluso, en duda los Diez Mandamientos y le otorgó un papel secundario al papel de la Iglesia en la sociedad.

A diferencia de Hobbes, Freud no teoriza en torno al Estado, sino que considera que es a la cultura que le corresponde la protección del ciudadano. Es una forma de paliativo y defensa. Por ello la define así: “Suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza, y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres”⁶. Agrega que las actividades culturales son valores útiles para el ser humano en tanto ponen la naturaleza a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.

Bien pudo Freud llamar a su texto el malestar en la civilización pues se mete con la higienización, la utilidad del orden, la belleza, la estima y el cuidado dispensados a las actividades psíquicas superiores, las tareas intelectuales, científicas y artísticas, al papel de las ideas en la vida de los hombres, a la especulación filosófica y a la formación del ideal de los seres humanos como factores determinantes en la sofisticación de la cultura, logros que tienen que ver con dos metas confluyentes: la utilidad y la ganancia de placer.

Su elección por cultura y no por civilización de pronto haya tenido que ver con un desprestigio del concepto civilización. De hecho, se anunciaba la decadencia de la civilización occidental⁷. No es casual que en portugués el libro se llame *O mal-estar na civilização*. En *El porvenir de una ilusión* (1927), manifestó que omitía diferenciar entre cultura y civilización. Freud llegó a pensar también que el libro debería llamarse *La infelicidad en la cultura* (Das Unglück in der Kultur), un título más revelador e incitante que aquel con el que se oficializó. Revelador porque remite directamente al proceso cultural que se instauró con la civilización: una desenfrenada búsqueda por la felicidad

⁶ Freud S. El malestar en la cultura, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 21, Págs. 58-139.

⁷ Spengler Oswald. La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal. Santiago de Chile, editorial Osiris, 1935.

que causa un intenso mal-estar. En realidad, *malestar en la cultura* es un nombre no afortunado, confunde, es equívoco, recargado y pesado. Cultura en Freud quiere decir lo culto, la conquista de grados civilizatorios entre los seres humanos. Su concepto de cultura abarca al Estado, a sus instituciones, a la sociedad letrada, a las asociaciones libres, a los hombres de la ciencia, la alta política y el arte; y a todos los seres permeados por sus enseñanzas. Y entiende por hombre culto justamente a quien se haya sometido a una restricción de las pulsiones, a un sacrificio en aras del fortalecimiento del lazo social. Es, eso sí: una apuesta laica, libre de la alienación religiosa; o mejor: un esfuerzo por la desenajación religiosa de los seres humanos.

Ya en su *Tótem y Tabú*, escrito bajo el influjo de los más reconocidos etnógrafos y antropólogos de entonces, había propuesto su propia concepción del desarrollo de la cultura, del convivio social en la forma de alianzas de hermanos después de la muerte del padre, y a partir de la prohibición del incesto⁸. Esa búsqueda de los orígenes de la sociedad, de lo social, del lazo social, y no solamente con los grados de perfeccionamiento de los alcances sociales. De ahí su interés por rastrear y profundizar en los vínculos sociales que los humanos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado. Y es en este aspecto que Freud va más allá de Hobbes. No solo se trata de un problema de empoderar al Estado para la regulación social, sino de profundizar en la realidad social: “La convivencia humana sólo se vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y cohesionada frente a estos”⁹. Se trata entonces de la sustitución del poder del individuo por el de la comunidad como un paso cultural decisivo y no político solamente. Se necesitó, para dar este paso, de un sacrificio de las pulsiones de los individuos. Anotaba Freud que buena parte de la brega de la humanidad giraba en torno de una tarea: hallar el equilibrio acorde a fines, dispensador de felicidad entre esas demandas individuales y las exigencias culturales de la masa. Interesado en seguir por esa senda no le interesó dialogar con Durkheim, ni lo menciona; pero sin duda sabía lo que planteaba el sociólogo francés sobre la educación moral como garantía de la cohesión social¹⁰.

⁸ Freud S. *Tótem y Tabú*. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. (1913). Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 13, Págs. 2-192.

⁹ Freud S. *El malestar en la cultura*. Op. Cit., Págs. 93-94.

¹⁰ Durkheim Emile. *La educación moral*. Madrid, ediciones Morata, 2002.

Piensa Freud que el desarrollo cultural tiene que ver con el proceso del consumo de las pulsiones de los seres humanos. En su reemplazo emerge una propiedad de carácter cuyo ejemplo es el erotismo anal de los jóvenes. Su interés por la función excretoria, por sus órganos y productos, se transforma, en el curso del crecimiento, en el grupo de propiedades como parsimonia, sentido del orden y limpieza hasta alcanzar el predominio, lo que se llama el *carácter anal*. Sostiene Freud que el erotismo anal fue el primero en sucumbir a la represión orgánica que allanó el camino a la cultura.

De tal manera que existe una semejanza entre el proceso de cultura y el del desarrollo libidinal del individuo. Y en esa misma dirección, Freud considera que la sublimación de las metas pulsionales también contribuyó al desarrollo de la cultura: “La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural; posibilita que actividades psíquicas superiores- científicas, artísticas, ideológicas – desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural”¹¹. En definitiva, para Freud la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, en la no satisfacción de poderosas pulsiones. Sin embargo, sostiene que la base de la cultura es el amor. Y no solo el amor sexual-genital que le garantiza a los humanos intensas vivencias de satisfacción, modelo de toda dicha. Empero, si se quedaran, así las cosas, si el erotismo genital se convirtiera en el centro de la vida, el amor no cumpliría su papel completo. Lo cumple en la medida de un tránsito hacia un amor de una meta inhibida, como ternura:

“Amor designa el vínculo entre varón y mujer, que fundaron una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se da ese nombre a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre los hermanos dentro de la familia, aunque por nuestra parte debemos describir tales vínculos como amor de meta inhibida, como ternura. Es que el amor de meta inhibida fue en su origen un amor plenamente sensual, y lo sigue siendo en el inconsciente de los seres humanos.

Ambos, el amor plenamente sensual y el de meta inhibida, desbordan la familia y establecen nuevas ligazones con personas hasta entonces extrañas. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida, a fraternidades que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital, por ejemplo, a su carácter exclusivo...”¹².

Al parecer, al principio del placer que nos impulsa a la vida, se opone el principio de realidad. La vida de los humanos se perfila en una lucha entre su aspiración a la dicha, a

¹¹ Freud S. El malestar en la cultura...Op. Cit., Pág. 95.

¹² *Ibíd*, Pág. 100.

la felicidad y los obstáculos que se encuentran en el camino. El aparato anímico está organizado para regular placer y displacer. Sostiene Freud que la amenaza a la felicidad proviene de tres frentes: desde el cuerpo propio destinado a la ruina y la disolución, desde el mundo exterior que puede abatir sus furias sobre nosotros, y desde los vínculos con los otros seres humanos. Las soluciones que la gente aventura para no caer en las redes de la desdicha son variados. No falta quienes prueben la soledad, o consuman sustancias extrañas en procura de sensaciones placenteras, o busquen entretenimiento o acudan a la sublimación.

En los comienzos de su libro, Freud habla de un amigo con quién se escribe. Se trata del escritor francés Romain Rolland, pacifista, quien ha leído el *Porvenir de una ilusión*, el libro anterior de Freud¹³. Roland le criticaba a Freud que no hubiera apreciado la fuente genuina de la religión. Consideraba que se trataba de un sentimiento al que llamaba *Sensación de eternidad*, algo sin límites, sin barreras, *oceánico*. Y agregaba: “Sólo sobre la base de ese sentimiento oceánico es lícito llamarse religioso, aun cuando uno desautorice toda fe y toda ilusión”¹⁴. Freud ha debido quedarse pensativo. Lo que decía Rolland le permitiría a su vez decir lo suyo. Anotaba: “yo mismo no logro descubrir en mí este sentimiento «oceánico»”¹⁵. Es un problema del yo, de su conformación, de su desarrollo. Eso que mencionaba el premio nobel de literatura, lo del sentimiento quién sabe desde cuánto tiempo atrás estaba en el mismo yo del escritor. Señalaba que normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí mismo, de nuestro yo propio. Que “este yo nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de todo lo otro. Que esta apariencia es un engaño, que el yo más bien se continúa hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico inconsciente que designamos *ello* y al que sirve, por así decir de fachada”¹⁶. Como contestándole a Roland, Freud sostiene que el sentimiento yoico está expuesto a perturbaciones y que los límites del yo no son fijos. Para Freud el sentimiento yoico ha recorrido un desarrollo, se ha construido¹⁷.

Para el momento en que está escribiendo este texto, Freud ha avanzado considerablemente en su teorización. Ya ha establecido y posicionado la mayor parte de los conceptos del psicoanálisis. Escribe sobre ellos para autoafirmárselos él mismo.

¹³ Freud S. El porvenir de una Ilusión. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, Volumen 21, Págs. 1-152.

¹⁴ Freud S. El malestar en la cultura...Op. Cit., Pág. 93-94.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ *Ibíd*, Págs. 66-67.

¹⁷ *Ibíd*, 67.

Habla del *yo placer*, al que contraponen un *ahí-afuera ajeno*, amenazador. Distingue lo interno de un mundo exterior. Es ese el primer paso para instaurar el principio de realidad, destinado a gobernar el desarrollo posterior. Un displacer de origen externo será el punto de partida de sustanciales perturbaciones patológicas. Al sentimiento yoico se suma un sentimiento más abarcador: una atadura más íntima del yo con el mundo circundante.

No es por la vía de la religión, entonces, que los humanos podrán alcanzar y conservar la felicidad, pues su técnica consiste en deprimir el valor de la vida y en desfigurarse de manera delirante la imagen del mundo real: “Cuando a la postre el creyente se ve precisado a hablar de los inescrutables designios de Dios, no hace sino confesar que no le ha quedado otra posibilidad de consuelo ni fuente de placer en el padecimiento que la sumisión incondicional...”¹⁸. Así, a la vía religiosa, Freud opone el amor, amar y ser amado. Una actitud psíquica al alcance de todos: “Una de las formas de manifestación del amor, el amor sexual, nos ha procurado la experiencia más intensa de sensación placentera avasalladora, dándonos así el arquetipo para nuestra aspiración a la dicha”¹⁹.

El principio del placer impone un mandato: el de ser felices. Pero la cultura, dirá Freud, lo hace irrealizable. Sin embargo, no hay que darse por vencidos, no se puede renunciar a la dicha, a la ganancia de placer. ¿Cómo lograrlo? Freud propone salidas, será un asunto que dependerá de la constitución psíquica de cada individuo, pero que debe extenderse a toda la sociedad: una libido de meta inhibida para el fortalecimiento de los lazos comunitarios.

¡Son tantos los obstáculos!, sin embargo. Las referencias a las sagradas escrituras que operan como falsas creencias abundan en Freud para mostrarlas como equívocas cuando se trata del ansiado lazo social, no obstante haber sido declarado el amor universal por los hombres como fundamento de la comunidad cristiana. Pues no resultó. Un imperativo religioso como *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* o *ama a tus enemigos* son poco racionales, o muy racionales; poco funcionales. Ni siquiera en las épocas de mayor influencia de la Iglesia se ha logrado algo. No funcionan porque no son acordes a la inclinación agresiva de la naturaleza humana. Para Freud el ser humano no es un ser manso, contiene, además, una dotación pulsional agresiva. El prójimo puede ser un

¹⁸ *Ibíd*, Pág. 84

¹⁹ *Ibíd*, Pág. 82.

objeto sexual en potencia, pero con él se satisface también la agresión. Aquí coincide con Hobbes en que el *hombre es el lobo del hombre*: explota su fuerza de trabajo sin resarcirlo, lo usa sexualmente sin su consentimiento, le arrebató su patrimonio, lo humilla, le inflige dolores, lo martiriza y lo asesina.

Estamos hablando entonces del verdadero peligro al que está expuesta la cultura, o como dice Freud *la sociedad culta*: “Las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales. La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones”²⁰. En la sociedad no existe la banalización del perdón, la gente no está preparada y no lo quiere estar. Por ello inserta en su texto un apartado de Heine que le permite mostrar una verdad psicológica:

“Yo tengo las intenciones más pacíficas. Mis deseos son: una modesta choza con techo de paja, pero un buen lecho, buena comida, leche y pan muy frescos; frente a la ventana, flores, y algunos hermosos árboles a mi puerta; y si el buen Dios quiere hacerme completamente dichoso, que me dé la alegría de que de esos árboles cuelguen seis o siete de mis enemigos. De todo corazón les perdonaré, muertos, todas las iniquidades que me hicieron en vida... Sí, uno debe perdonar a sus enemigos, pero no antes de que sean ahorcados”²¹.

No lo logra la iglesia, tampoco la ley. Nada alcanza a las exteriorizaciones más cautelosas y refinadas de la agresión humana. El propósito de la cultura de excluir la lucha y la competencia del quehacer humano no ha rendido frutos. No le abona nada Freud al modelo comunista que se está consolidando en Rusia respecto a la redención del mal. No cree que la eliminación de la propiedad privada resuelva el problema, la considera una vana ilusión. Dice que la agresión no la creó la institución de la propiedad, sino que ha reinado sin limitaciones en épocas primordiales cuando era muy escasa. A la larga es un problema casi que sin solución. Se pregunta: ¿Qué harán los soviets después de que hayan liquidado a sus burgueses? Afirma Freud que la naturaleza al dotar a los individuos de aptitudes físicas y talentos intelectuales desiguales en extremo ha establecido injusticias contra las cuales no hay salvación²².

Freud es consciente de que su propuesta de renuncia a satisfacciones de inclinación agresiva es de difícil aplicación. A veces desde la cultura se direcciona esta pulsión

²⁰ *Ibíd*, Pág. 109.

²¹ *Ibíd*, Pág. 107.

²² *Ibíd*, Pág. 110.

hacia la hostilización de los extraños. Tal cual como lo vivía Europa, o lo vivirá, en particular Alemania en su fabricación del enemigo externo²³, o como le va a tocar a Rusia: unirse como un solo hombre para expulsar al enemigo alemán de su territorio (1941-1945); o como le había tocado a la mayoría de los pueblos europeos en la Gran Guerra (1914-1918). Freud llama *narcisismo de las pequeñas diferencias* ofrecer un escape a la pulsión agresiva a través de la hostilización a los extraños. Es una salida cómoda que facilita la cohesión de una comunidad, pero a todas luces miserable e insolidaria con los demás pueblos. Puede servir en una coyuntura, pero a largo plazo puede no funcionar justamente por estar basada en el odio. Más adelante, el colmo de ese ofrecimiento será la selección de un enemigo interno dentro de un mismo país. El modelo para este caso será Colombia²⁴.

Redondeando el método

Durante toda su vida, Freud fabricó su propio método. Estuvo apegado al positivismo que a finales del siglo XIX organizaba las metodologías científicas de las disciplinas naturales y sociales. Era un hombre de su tiempo y del tiempo de los demás. Sabía lo que estaba pasando en el interior de todas las ciencias y tenía un dominio de la literatura, la poesía y de la filosofía. Su método se inclinaba ante lo inductivo: de la clínica al texto. La activación de la percepción le embargaba: la mirada, la experimentación, la escucha, la comprobación, la discusión, la duda, la rectificación. Iba escribiendo conforme avanzaban sus investigaciones; iba construyendo su edificio de conceptos en la medida en que su experimentación le producía resultados; cuando no, retrocedía y corregía. Dialoga con autores que como él construyen sus propios métodos y sus conceptos van emergiendo con drama y tezhón. Es un modelo en la fabricación de un concepto. Echa mano del concepto latente y lo resignifica, le da la vuelta. Con su trabajo el significante pasa a ser otra cosa hasta quedar restablecido, pero con ropaje nuevo. Con Freud se asiste a la reinención del universo del lenguaje; y para quien lo sigue es como aprender de nuevo a hablar. Pasará lo mismo más tarde con J. Lacán.

²³ Schmitt, Carl. El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Madrid, Alianza editorial, 1991.

²⁴ Véase: Ahumada P. Magda Alicia. El Enemigo interno en Colombia. Quito, Ediciones Abya. Yala, 2007; Parada Gamboa Marcela. El enemigo interno en Colombia. Una revisión a la construcción del discurso gubernamental de la política de seguridad democrática durante los años 2002-2010. La Plata, X Jornadas de sociología de la Universidad Nacional de la Plata, 2018. <http://jornadassociología.fahce.unla.edu.ar>; <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/81526>

Da la impresión de haber escrito un solo libro que iba saliendo por entregas, y en cada una de ellas la confirmación y ratificación de lo ya descubierto sumado a los nuevos alcances. Así, *Malestar en la cultura* es un avance formidable en su teoría analítica; diría que es el clímax de su producción. Es su mejor aporte a la comprensión de lo social. Confirmaba que, junto al Eros, una pulsión de muerte, y la acción eficaz conjugada y contrapuesta de ambas explicaría los fenómenos de la vida. Existe pues en los seres humanos una pulsión de muerte o de destrucción. Se trataba de poner por escrito, en firme, lo que ya venía advirtiendo en sus textos anteriores, sobre todo en *Psicología de las masas y el análisis del yo*²⁵; la constatación de la naturaleza destructiva que caracterizaba al hombre a lo largo de los procesos históricos: la guerra, la conquista, la invasión, el aniquilamiento de otros pueblos, etc; la historia como tragedia, siempre al filo del caos. De hecho, el libro lo escribe Freud justo entre guerras, entre la culminación de la Gran guerra y la preparación a una de mayor envergadura. Hay pesimismo, temor y miedo en la sociedad europea, el fascismo campea en Italia, el nazismo se abre espacio en Alemania, vientos procelosos golpean en las puertas de la civilización occidental. ¿Qué hacer entonces con esa inclinación innata del ser humano al mal, a la agresión, a la destrucción? He ahí el principal obstáculo de la cultura. Si la lucha entre Eros y Muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción, es el contenido esencial de la vida en general, le corresponde a la cultura buscar formas, modalidades, políticas que garanticen la prevalencia de la vida.

Uno se siente culpable

Para resolver semejante problema, Freud tiene en mente las salidas que ofrece la religión. El gran diálogo que sostiene no es con la ciencia social de su tiempo. Desdeña filósofos y sociólogos, vivos y muertos. Es posible que así haya sido el relacionamiento entre los sabios de la época. ¿Se conocieron Durkheim y Weber? ¡quién sabe! El gran Otro para Freud es la religión cristiana, sus imperativos, sus códigos. En el cristianismo es el pecado que le impide al hombre la felicidad, y ni siquiera el cumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios y el arrepentimiento lo preparan para la felicidad. Paso a paso, de texto en texto, Freud demuele la osamenta religiosa para apuntalar su teoría psicoanalítica del amor como condición para aspirar, aunque mínimamente a la felicidad en la tierra. No son las prohibiciones divinas las que le interesan sino las inhibiciones

²⁵ Freud S. *Psicología de las masas y el análisis del yo*. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 18, Págs. 98-136.

que la cultura impone para erradicar la agresión en el hombre. Sostiene que la agresión es introyectada, interiorizada y reenviada a su punto de partida, se vuelve hacia el yo propio y es recogida allí por una parte del yo que se contrapone al resto como superyó y entonces como conciencia moral ejerce contra el yo la misma severidad agresiva que el yo había satisfecho de buena gana en otros individuos ajenos a él. Freud llamó *conciencia de culpa* la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido²⁶. Agrega que “la cultura yugula el peligroso agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada”²⁷.

La neurosis social

Así, un lugar destacado en el malestar de la cultura lo ocupa el sentimiento de culpa que no viene del origen bíblico, sino de los tiempos del hombre primordial (primitivo), de la muerte del padre a quien se odiaba y se amaba. Los humanos terminan delegando en la autoridad su protección, la cultura es la extensión de la protección primaria, temen perderla, les angustia la pérdida de su amor; sin él se sentirían desvalidos, desprotegidos; surge la angustia social. Finalmente, la comunidad humana global reemplaza en los adultos a los progenitores. La autoridad es interiorizada por la instauración del superyó, el castigador. Emerge la conciencia moral y el sentimiento de culpa. La primera será severa cuanto más virtuoso sea el individuo. Decía Freud que cuando sobrevenía la desdicha entre los primitivos le atribuían la culpa al fetiche y lo aporreaban, en cambio cuando sucede esto entre los humanos modernos se castigan a sí mismos. El sentimiento de culpa se produce por la angustia frente a la autoridad, primero, y frente al superyó, después. De tal manera que la conciencia moral no se produce por las indicaciones religiosas sino por la renuncia de lo pulsional impuesta desde afuera. Claro, es muy posible que venga desde las creencias puesto que la religión manipulada por la Iglesia es parte constitutiva del superyó. Empero, si las cosas respecto del arrepentimiento y del sentimiento de culpa se originaron en la sociedad primitiva con el asesinato del padre, se dirá que por el arrepentimiento salió a la luz el amor. El amor que el individuo no quiere perder, que tiene miedo de perder.

²⁶ Freud S. El malestar en la cultura...Op. Cit., Pág. 119.

²⁷ *Ibíd*, Pág. 120.

Curiosamente todos vivimos en esa ansiedad, con un sentimiento de culpa que nos obstaculiza la felicidad. ¿Seremos todos culpables del mal-estar en la sociedad, en la cultura? Si el sentimiento de culpa es la expresión del miedo a la autoridad externa, es derivado del conflicto entre la necesidad de amor de la autoridad y el impulso para la satisfacción pulsional, diremos entonces que el sentimiento de culpa es por sí solo el malestar en la cultura, el precio que pagamos por vivir en sociedad, reprimiendo la sexualidad y la agresividad. De tal manera que el malestar es estructural, propio de los procesos de organización del psiquismo en el ser humano.

Pervive una contradicción entre las demandas humanas ligadas al principio del placer (sean ellas del orden de la satisfacción sexual y de la agresividad), y las restricciones impuestas por la cultura para que la convivencia entre las personas sea, por lo menos, razonable. De esa contradicción emerge la culpa que compromete el proyecto del individuo de ser feliz. Ese sentimiento que comienza en relación con el padre primordial se extiende al grupo, como condición indispensable para el desarrollo de la sociedad que se configura a través de un creciente fortalecimiento del sentimiento de culpa. Lo que comenzó en relación con el padre termina en relación con el grupo y más adelante a la sociedad.

Así, para Freud, el sentimiento de culpa es el problema más importante del desarrollo cultural. Muy alto el precio que paga el individuo por su aporte al progreso de la cultura: pérdida de la felicidad, de grados de dicha. Lo que está en juego es la posibilidad de felicidad en una cultura que tiene como elemento principal el sentimiento de culpa, lo que torna algo insoportable esa búsqueda inherente de la felicidad que caracteriza al ser humano. Cuanto más se busca la felicidad, mayor la culpa por no encontrarla. Empero, no solo es el individuo quien paga un alto precio, lo paga también la humanidad, la sociedad que deviene en neurótica. Las exigencias de la cultura para su posible marcha armónica hacen neuróticos a los individuos y neurótica a la sociedad misma.

Freud no está seguro de los buenos resultados que daría transferir el método psicoanalítico a lo que llama *comunidad de cultura*: “En la neurosis individual, nos sirve de punto de apoyo inmediato el contraste que separa al enfermo de su contorno, aceptado como “normal”. En una masa afectada de manera homogénea falta ese trasfondo; habría que buscarlo en otra parte. Y por lo que atañe a la aplicación

terapéutica de esta intelección, ¿de qué valdría el análisis más certero de la neurosis social, si nadie posee la autoridad para imponer a la masa la terapia?”²⁸. Pero se esperaba en que viniera un día en que alguien emprendiera la aventura. Por lo pronto consideraba que la cuestión decisiva para la preservación de la especie humana, pues se vivía ya la escalada armamentista que llevaría a la Segunda Guerra Mundial, era dominar la perturbación de la convivencia que provenía de *la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento*. Y he aquí su deseo que cierra el libro: “Y ahora cabe esperar que el otro de los dos poderes celestiales, el Eros eterno, haga un esfuerzo por afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”²⁹. Y el desenlace fueron cuatro años de Segunda Guerra Mundial con un saldo de 60 millones de muertos, seis de ellos judíos, la raza de Sigmund Freud³⁰, quien no vivió el definitivo final, pero no se ahorró la persecución del nazismo. Murió en el exilio el 23 de septiembre de 1939, tenía 79 años. Han pasado 83 años desde entonces y su apuesta y propuesta, su utopía libidinal, sigue en el mercado de las ofertas disponibles para paliar la infelicidad de los humanos. El malestar en la cultura pervive, se profundiza, en algunos lugares ha tocado fondo, pero no le faltaran recursos para sobrevivir. Acecha, sin embargo, un peligro mayor, el cambio climático que anuncia no solo la extinción de la civilización, sino la del planeta.

Bibliografía

Ahumada P. Magda Alicia. El Enemigo interno en Colombia. Quito, Ediciones Abya. Yala, 2007; Parada Gamboa Marcela. El enemigo interno en Colombia. Una revisión a la construcción del discurso gubernamental de la política de seguridad democrática durante los años 2002-2010. La Plata, X Jornadas de sociología de la Universidad Nacional de la Plata, 2018. [http://jornadassociología.fahce.unla.edu.ar; http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/81526](http://jornadassociología.fahce.unla.edu.ar;http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/81526)

Crossman R.H.S. Biografía del Estado Moderno. México FCE, 1941.

Durkheim Emile. La educación moral. Madrid, ediciones Morata, 2002.

²⁸ *Ibíd.* Pág. 139.

²⁹ *Ibíd.* Pág. 140.

³⁰ Freud continúa desarrollando su apuesta tanto para el desarrollo de la cultura como para paliar la guerra en un interesante intercambio epistolar con el reconocido físico Albert Einstein. Véase *¿Por qué la guerra? (1932-1933)*. Freud S. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 22, Págs. 179- 198.

Freud S. El malestar en la cultura, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 21.

Freud S. El porvenir de una Ilusión. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, Volumen 21.

Freud S. Psicología de las masas y el análisis del yo. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 18.

Freud S. Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. (1913). Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 13.

Hobbes Thomas. Leviatán. Madrid, Editora Nacional, 1981.

¿Por qué la guerra? (1932-1933). Freud S. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen 22.

Rousseau J.J. El contrato social. Madrid, Ediciones Alba, 1985.

Schmitt, Carl. El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Madrid, Alianza editorial, 1991.

Spengler Oswald. La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal. Santiago de Chile, editorial Osiris, 1935.